

Volvió por Navidad



PEPÉ POL *

Un bolés afincado en Vilamartín de Valdeorras estaba casado con una mujer de Terra Chá, concretamente del pueblo de Begonte. Un día, pienso que sería otoño, antes de que el frío económico de su larguísimo invierno lo atenazara, decide, con la gran pena que supone, abandonar su tierra querida, esta zona orensana de Valdeorras y Tierras de O Bolo. Coge una maleta de madera y emprende rumbo a lo desconocido en busca del sol que dé brillo económico a su vivir. En esa maleta su mujer se preocupa de meterle todas las viandas que puede y en el baúl de su afligido pecho lleva encerrada la nostalgia y la amargura.

En la estación de Vilamartín, -por suerte aún había parada de trenes y no estaba convertida en un simple apeadero de los de cercanías- tomó el Shangai después de estar abrazado a su esposa hasta que el interventor, con sus gritos, le avisa de que hay que marchar. Pocas horas después de decirle adiós, su esposa, que era tan pobre que hasta carecía de pañuelo para enjugar sus pesares, por la forzada separación marchó hasta Begonte para buscar consuelo entre sus seres queridos. Lo hace en un autocar que va dirección Ponferrada y allí toma otro que hace el servicio desde esta locali-

dad a Madrid y, en llegando a Begonte descende del medio de locomoción y, llena de aflicción, se abraza a sus padres que ya la esperaban no para ayudarle a portar el ligero equipaje, pero sí con el pesado lastre de dolor.

La casa de Vilamartín quedó cerrada para siempre, pues ninguno de los dos a ella volvería. El esposo marchó hacia el extranjero, -tierras de Francia- a ofrecer sus brazos laboriosos para ganarse el pan y ella se colocaría, con ayuda de una recomendación, como moza de servir con una buena familia lucense.

Para más INRI esa separación ocurrió pocos días después de la Navidad. Cuando iba en el tren totalmente atabalado por los pensamientos, hacía un sobrehumano esfuerzo por intentar que los embalses de sus ojos no se derbordanan y lo arrastraran ahogándolo en la pena. Miraba por el cristal empañado por su aliento y se le escapaban suspiros y un beso que enviaba al viento gélido por si los Reyes Magos lo encontraban y se lo llevaban a su amada esposa.

Transcurridos unos meses le envió una carta a su mujer y unos billetes, estas misivas se sucedían y también él recibiría la justa correspondencia y en todas le decía que volvería por Navidad. Llegaba esta fecha y la pobre señora estaba pensando si llegaría su amor. Cuando iba y se postraba ante el hermoso Belén de Begonte,

en sus oraciones pedía por él y su vuelta.

Pasaron los años y los padres de ésta fueron a la tierra para abonarla como fruto maduro; ella, al no tener hijos, quedó sola, apoyada por el buen sacerdote de Begonte al que, junto con otras vecinas ayudaban a formar el Belén, el que sería el precedente del grande y popular de hoy. Se apagó el aliento de sus progenitores y sus ojos se cerraron sin poder ver la vuelta de su querido yerno. Un hermano soltero de la mujer, el único que tenía, marchó a tierras galas a ver si lo

encontraba pero, también quedó perdido en la densa niebla de la emigración.

La pobre como una cariátide se sostenía como podía, por suerte ella sola no precisaba de mucho para sobre-

vivir; para colmo de males nunca más el cartero volvió a dejar en su puerta carta alguna. Su marido pereció luchando por conseguir honradamente dinero para su familia, sangre gallega y valdeorresa que quedó lejos de esta tierra.

La tristeza con su peso corcoba a la mujer que no podía soportar tanto y más se acrecentaba el pesar cada Navidad. Por las noches, mirando las llamas de la lareira cosiendo con las agujas del dolor se pinchaba ella misma su corazón. En vela pasaba esas horas largas de las noches. El río del tiempo fluía sin cesar. Legaba otra Navidad, otra vez montar el Belén.

“Tomó el Shangai después de estar abrazado a su esposa hasta que el interventor, con sus gritos, le avisa que hay que marchar”

Un día de diciembre, mirando el agua que simulaba el río del Belén Electrónico de Begonte, quedó dormida, su sangre dejó de correr por el cauce de sus venas, sopló un viento suave y delicado y su alma salió a recibir ese aliento, aquel que un día el esposo le envió. Cuando el sacristán y el cura encontraron yerto el cuerpo junto al Belén les pareció una verdadera virgen. Después de celebrar la misa de funeral, le dieron cristiana sepultura, pero un escultor begontino, que toda esta historia conocía, como la mujer era afamada lavandera se quedó con su imagen e hizo una terracota que la representa. Una vez acabada la entregó como donación para enriquecer al Belén. El sacerdote, sin decir nada, pronto la reconoció y, desde entonces está viva en la leyenda y en el Belén. Pero casi todos los que visitan el Belén por Navidades no saben que aquella es la mujer de un hijo de Terras de O Bolo que marchó empujado por la pobreza hacia el mortal éxodo, pero cuando llega cada Navidad el alma de ése vuelve para visitar a su amada en el mismo Belén electrónico de Begonte y por eso algunas personas, al ver esa sombra sienten pena en fiestas tan entrañables porque se acuerdan de los que, queriendo ser cuna de generaciones, se marcharon y de esas Marías, como la begontina, que con sus arroyos de lágrimas no pudieron lavar toda aquella pena, pero hoy se ha conseguido y Galicia es el portal maravilloso que recibe a todos, aunque todavía quedan muchos por volver, porque la faena parece que no la han terminado.

Ya está, dentro de poco tiempo, llamando a la puerta otra Navidad y el Belén de Begonte me vuelve a recordar que todo lo que otros lucharon y por lo que se esclavizaron, hoy es un granado presente de felicidad. Por Navidad vuelven los recuerdos para que cada uno recompongamos nuestro particular nacimiento.